

Necrológica

El 26 de enero ha muerto a los 78 años en Graz, su ciudad natal, Wilhelm Muster, autor de la, al pie de la letra, extraordinaria novela La muerte viene sin tambor que, cuando aparezcan estas líneas, podrá ser leída en un soberbio castellano.

Muster, que de hecho ha llevado una vida muy retirada y personal, ha tenido la coquetería de dar una imagen poco convencional, incluso algo novelesca de sí mismo: estudios variopintos, Zoología junto a Germanística o Musicología, que culminan en un doctorado en Chamanismo, profesor universitario itinerante —fue ¿casualmente? Profesor de Filología Alemana en la entonces única Universidad de Madrid—, viajero infatigable tanto como infatigable lector de Cervantes, temprano colono de Ibiza, donde discurre su penúltima novela, autor de otra novela que obtuvo extraordinarias críticas, pero apenas fue leída por nadie, profesor de traducción en la Universidad de Graz, autor de relatos sobre temas míticos y exóticos, traductor de Quevedo y Pérez de Ayala.

La novela arriba nombrada ha sido la primera firmada con su nombre auténtico y a partir de ella, 1980, ha seguido publicando con regularidad hasta meses antes de su muerte. En el ámbito literario alemán, Muster es inequívocamente austriaco, pero varias características propias de esta literatura que la singularizan frente a las de otras regiones germanoparlantes, las posee Muster en grado sumo: la presencia de elementos fabuladores orientales es superior a la que se puede encontrar entre sus paisanos, ciertamente por sus estudios y quizá por la presencia mediadora de lo español —recuérdese la impresionante alusión a Calderón en el Divan de Goethe—. La prolijidad descriptiva y la autocomplacencia en el lenguaje que va gestando el texto tiene en él no un carácter especulativo y metalingüísti-

co, sino unos tintes claramente metaliterarios, autoriales que, aun siendo poco menos que cotidianos en la narrativa de nuestro siglo, tienen en *Muster* una rai-gambre directa en su origen, el Quijote.

Pero el objeto de esta nota es rendir cuentas de un magnífico novelista —al que gustaba decir que España era su segundo país y su segunda cultura— todavía, espero que ahora por poco tiempo, desconocido entre nosotros y que para mí fue el gran suceso literario de los últimos años, por lo cual le rindo homenaje.

Jaime Cerrolaza